

hasta el crimen puede ocultarse bajo su sombra... y caminar mucho más allá... ¡más allá!... Sin embargo, el amor es en todo exagerado... ¡Aquí, Luisa! ¡Dáme tu mano! (Se la estrecha.) Así Dios no me abandone al exhalar el postrer suspiro... en el momento en que estas dos manos se separan, ¡queda roto todo vínculo entre mi existencia y la creación!

LUISA.—¡Tengo miedo! ¡No me mires! ¡Tus labios tiemblan! ¡Tus ojos se mueven de un modo siniestro!...

FERNANDO.—¡No, Luisa! ¡No tiemblo! ¡No deliro! El más rico presente del cielo es la decisión en el instante crítico, en que el alma oprimida expresa lo que siente de una manera insólita... Yo te amo, Luisa... Tú serás mía, Luisa... Ahora, á ver á mi padre. (Al salir precipitadamente tropieza con el Presidente.)

ESCENA VI.

LOS MISMOS Y EL PRESIDENTE con varios criados.

EL PRESIDENTE. (Al entrar.)—¡Aquí está! (Todos se quedan atónitos.)

FERNANDO. (Retrocediendo algunos pasos.)—En la mansión de la inocencia.

EL PRESIDENTE.—¿En donde el hijo aprende á desobedecer á su padre?

FERNANDO.—Dejadnos que...

EL PRESIDENTE. (Interrumpiéndolo, á Miller.)—¿Este es el padre?

MILLER.—Miller, músico de la ciudad.

EL PRESIDENTE. (A la mujer de Miller.)—¿Y esa la madre?

LA MUJER.—¡Ay de mí! ¡Sí! ¡La madre!

FERNANDO. (A Miller.)—Llevaos de aquí á vuestra hija... pudiera desmayarse.

EL PRESIDENTE.—¡Inútil cuidado! Yo le devolveré el uso de sus sentidos. (A Luisa.) ¿Cuánto tiempo hace que conocéis al hijo del Presidente?

LUISA.—Nunca le he hablado de él. Fernando Walter me visita desde noviembre.

FERNANDO.—Os adora.

EL PRESIDENTE.—¿Os ha hecho alguna promesa formal?

FERNANDO.—Hace pocos instantes las más solemnes ante Dios.

EL PRESIDENTE. (Colérico á su hijo.)—Ya te tocará confesar también tu locura. (A Luisa.) Aguardo vuestra respuesta.

LUISA.—Ha jurado amarme.

FERNANDO.—Y cumplirá su juramento.

EL PRESIDENTE.—¿Será preciso que te mande callar?... ¿Acceptasteis ese juramento?

LUISA. (Con pasión.)—Yo se lo juré también.

FERNANDO. (Con voz firme.)—El pacto es perfecto.

EL PRESIDENTE.—Yo extinguiré hasta su eco. (Con malignidad á Luisa.) ¿Pero os pagó siempre al contado?

LUISA. (Con interés.)—No comprendo esa pregunta.

EL PRESIDENTE. (Con sonrisa forzada.)—¿No? Pues bien; tan sólo quería decir... cada profesión, al parecer, tiene sus emolumentos... no habréis concedido gratis vuestros favores... á no ser que os haya bastado la existencia de la obligación. ¿Qué hay en esto?

FERNANDO. (Fuera de sí.)—¡Infierno! ¿Qué significa esa pregunta?

LUISA. (Al Mayor, con dignidad y desagrado.)—Desde ahora sois libre, señor Walter

FERNANDO.—La virtud, oh padre, hasta en el pordiosero es respetable.

EL PRESIDENTE. (Riéndose á carcajadas.)—¡Divertida pretensión! ¡Que el padre respete á la concubina del hijo!

LUISA. (Cayendo en tierra.)—¡Oh cielo y tierra!

FERNANDO. (Socorriendo á Luisa, y adelantándose con ella hacia el Presidente, con la espada en la mano, y bajándola en seguida.)—¡Padre! Tenéis derecho á mi vida... Ya estáis pagado. (Metiendo la espada en la vaina.) Mi deuda de deber filial se extinguió ya por completo...

MILLER. (Que aparte hasta entonces temeroso, se pone en movimiento, ya rechinando los dientes de rabia, ya temblando de angustia.)—Vuecencia... el hijo es obra del padre... dignaos, señor... quien injuria al hijo, injuria al padre, y bofetón por bofetón... he aquí nuestra tasa... dignaos, señor...

SU MUJER.—¡Socorro, Dios salvador!... El viejo interviene también... la tempestad descargará sobre todos nosotros.

EL PRESIDENTE. (Que sólo ha oído á medias.)—¿El alcahuete se mueve á su vez?... Ya hablaremos, señor alcahuete.

MILLER.—¡Dignaos escucharme, señor! Me llamo Miller... si deseáis oír un adagio... yo no intervengo en amoríos. Mientras la Corte se reserve ese privilegio, no llegará el contagio hasta nosotros. ¡Dignaos oírme, señor!

EL PRESIDENTE. (Pálido de cólera.)—¿Cómo?... ¿Qué es esto? (Acercase á él.)

MILLER. (Que retrocede lentamente.)—Esa era sólo mi opinión, señor... ¡Dignaos escucharme!

EL PRESIDENTE.—¡Ah, bribón! Tu opinión temeraria podrá llevarte á la cárcel... ¡Fuera de aquí! Que vengan los alguaciles (Vanse algunos de su séquito: el Presidente se pasea coherico.) El padre á la cárcel... la madre, y la prostituta de su hija, á la vergüenza... La justicia dará su brazo á mi ira. Terrible satisfacción recibiré por ese insulto... ¿Desbaratará mis planes semejante chusma, é indispondrá impune al padre con su hijo?... ¡Ah, malditos! Mi odio se aplacará

en vuestra ruina, y toda la canalla, el padre, la madre y la hija serán sacrificados á mi ardiente venganza.

FERNANDO. (Que se interpone entre ellos firme y tranquilo.)—¡Oh, no! ¡Nada temáis! ¡Estoy yo aquí! (Al Presidente, con respeto.) ¡No os precipitéis, padre mío! Si os amáis, dejaos de violencias. Hay un ángulo en mi corazón, en donde nunca se ha oído el nombre de padre... No lleguéis hasta él.

EL PRESIDENTE.—¡Calla, necio! No aumentes mi cólera.

MILLER. (Volviendo en sí de su mudo asombro.)—¡Cuida de tu hija, mujer! Yo corro á ver al Duque... El sastre... ¡Dios me lo inspira! el sastre es mi discípulo de flauta. Por su mediación veré sin falta al Duque. (Hace ademán de irse.)

EL PRESIDENTE.—¿Al Duque dices?... ¿Olvidas que yo soy el umbral, que has de atravesar necesariamente, ó romperte la cabeza?... ¿Tú hasta el Duque, estúpido?... Prueba á hacerlo cuando tú, enterrado en vida en lo profundo de un calabozo subterráneo, en donde se enamoran la noche y el infierno, nada digas ni nada veas. Entonces sacudirás tus cadenas y gritarás: «¡Demasiado lo he merecido!»

ESCENA VII.

LOS MISMOS y los ALGUACILES.

FERNANDO. (Que corre hacia Luisa, la cual cae exánime en sus brazos.)—¡Luisa! ¡Socorro! ¡Auxilio! ¡El horror la mata! (Miller toma su bastón, se pone el sombrero y se prepara al ataque. Su mujer se hinca de rodillas ante el Presidente.)

EL PRESIDENTE. (A los esbirros, mostrando sus condecoraciones.) ¡Llevarlos, en nombre del Duque!... ¡Lejos de esa mujerzuela, joven!... Desmayada ó no... cuando el collar de hierro la oprima, despertará á pedradas.

LA MUJER DE MILLER. — ¡Misericordia, señor excelentísimo! ¡Misericordia! ¡Misericordia!

MILLER. (Levantando á su mujer.) — Arrodíllate delante de Dios, vieja y escandalosa bribona, no delante de... miserables, ya que estoy condenado á ir á la cárcel.

EL PRESIDENTE. (Mordiéndose los labios.) — ¡Quizás te engañes, torpe! Hay horcas de sobra todavía. (A los esbirros.) ¿He de repetiros mis órdenes? (Los esbirros se agrupan junto á Luisa.)

FERNANDO. (Acercándose á ella y protegiéndola colérico.) — ¿Quién se atreverá? (Saca su espada y se defiende con el puño.) Que nadie la toque si no ha vendido antes su cabeza á la justicia. (Al Presidente.) ¡Deteneos, por Dios! ¡No me precipitéis, padre!

EL PRESIDENTE. (Amenazando á los esbirros.) — Si queréis seguir ganando vuestro sustento, cobardes... (Los esbirros se acercan de nuevo á Luisa.)

FERNANDO. — ¡Muerte y condenación, os digo! ¡Atrás!... ¡Por última vez! ¡Compadeceos de vosotros mismos! ¡No me apuréis hasta el último extremo, padre!

EL PRESIDENTE. (Lleno de ira, á los esbirros.) — ¿Este es vuestro celo, bribones? (Los esbirros se adelantan más animosos.)

FERNANDO. — Ya que no hay otro remedio... (Sacando su espada, é hiriendo á algunos.) ¡pérdoname, oh justicia!

EL PRESIDENTE. (Fuera de sí.) — Veremos si esa espada sirve también contra mí. (Coge él mismo á Luisa, la levanta y la entrega á un esbirro.)

FERNANDO. (Sonriendo amargamente.) — ¡Padre, padre! Eso es un sarcasmo contra la divinidad, puesto que elige tan mal sus servidores, que convierte en el peor de los Ministros al ayudante más perfecto del verdugo.

EL PRESIDENTE. (A los demás.) — ¡Fuera con ella!

FERNANDO. — Se la pondrá en la picota, padre, pero con

el Mayor, hijo del Presidente... ¿Insistís todavía en vuestro propósito?

EL PRESIDENTE. — Tanto más divertido será así el espectáculo... ¡Fuera!

FERNANDO. — Padre, yo dejo sobre esta joven mi espada de oficial... ¿Persistís todavía en vuestro propósito?

EL PRESIDENTE. — Tu espada, estando á su lado en la picota, se podría contaminar también... ¡Fuera, fuera! ¡Ya conocéis mi voluntad!

FERNANDO. (Rechazando al esbirro, sosteniendo á Luisa con una mano, y protegiéndola con la otra armada.) — ¡Padre, padre! Antes que consentir en que deshonréis á mi esposa, le atravesaré el corazón... ¿Persistis aún en vuestro empeño?

EL PRESIDENTE. — Hazlo, si tu espada es bastante aguda.

FERNANDO. (Que suelta á Luisa, y mira al cielo horriblemente.) — ¡Tú eres testigo, Dios omnipotente! He ensayado todos los remedios humanos... Probemos uno diabólico... Mientras la lleváis á la picota (Al oído del Presidente.) contaré yo en Palacio un cuento titulado: *Manera de llegar á ser Presidente*. (Vase.)

EL PRESIDENTE. (Como herido de un rayo.) — ¿Cómo?... Fernando... Dejadla libre. (Corre detrás del Mayor.)